

# ¿DÓNDE ESTÁ DIOS? LA CERTEZA NACE DEL AMOR MANIFESTADO EN LA CRUZ

**Hna. Nancy  
Raquel Fretes  
Martínez, ODN\***

---

\*Religiosa paraguaya de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. Magister en teología por la Facultad jesuita de Teología y Filosofía de Belo Horizonte-Brasil y doctora en teología dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Docente titular de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción. Asunción-Paraguay. Miembro del ETAP (equipo de teólogas/os asesoras/es de la presidencia de la CLAR).

## Resumen:

El dolor y la tragedia desencadenados por el virus nos retan a justificar la profesión de fe en la presencia compasiva de Dios en medio de sus criaturas. Desde las entrañas de la fragilidad e impotencia se eleva un sordo clamor que nos hermana rompiendo fronteras. ¿Dónde está Dios? ¿Por qué nos ha abandonado? A los pies de la Víctima inocente por excelencia podremos descubrir dónde está Dios y su implicación con el dolor de la humanidad. Toda afirmación sobre el misterio de Dios encierra también una palabra sobre el misterio del ser humano.

Palabras clave: Crucificado, Trinidad, compasión, amor extremo, sufrimiento.

## Introducción

Densas tinieblas han cubierto nuestros planes y proyectos. El horizonte se nos ha restringido y el futuro aparece incierto. El pavor y la incerteza se han apoderado de nosotras/os. De pronto el camino hacia la pascua se ha entretrejado con rostros concretos de sufrientes que mueren solos sin el consuelo del abrazo afectivo de algún familiar. Súbito nos senti-

mos profundamente cuestionados en la razón de nuestra esperanza.

El papa Francisco, en sus homilías, nos ha venido invitando a contemplar con confianza al Crucificado y dejarnos abrazar por el amor de la cruz que fluye hasta el extremo. Bajo este misterio, y a partir de Él, podremos intuir repuestas a los interrogantes más radicales que nos inquietan, porque “El Crucificado constituye el único acceso al conocimiento de Dios trino”<sup>1</sup> y de la criatura humana.

### 1. Desde abajo y desde dentro, el amor trinitario sostiene a sus criaturas

La pasión, muerte y resurrección de Jesús revela el rostro compasivo del Padre. El rostro de un Dios profundamente afectado por el padecimiento de sus criaturas. Fiel a sí mismo no destruye el mal y el dolor desde arriba, al contrario, en su Hijo se sitúa compasivamente al lado de los sufrientes. Mediante el Espíritu, desde dentro, sostiene la vida y suscita manos solidarias compro-

metidas en el diligente cuidado de tantos enfermos<sup>2</sup>.

### 1.1 En la cruz resplandece el extremo del amor providente

La cruz es un signo de contradicción. Representa el máximo castigo para los enemigos del Imperio romano y una maldición para aquellos considerados rechazados por Dios, “un colgado es maldición de Dios” (Dt 21, 23). Al mismo tiempo, evidencia un drama entre “Dios y Dios”<sup>3</sup>. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46; Sl 22, 2). Esta súplica al Padre expresa la soledad más lacerante, sin disminuir en absoluto su amorosa confianza.

El abandono radical que experimenta Jesús no le impide referirse con ternura a su Padre. Es un diálogo dramático y filial. Un doble dolor agudiza el drama de la cruz: el de Jesús que gime al Padre y el del Padre ante la separación y muerte de su Hijo<sup>4</sup>. En ese sollozo resuena el clamor de las innumerables víctimas, que hoy padecen bajo el efecto de la

<sup>1</sup> Moltmann, *Trinidad y Reino de Dios*, 55. Consultar también a Von Balthasar, *Teológica II*, 312.

<sup>2</sup> Ver a González Buelta, *La humildad de Dios*, 72.

<sup>3</sup> O'Donnell, *Il mistero della Trinità*, 64.

<sup>4</sup> Ver a Moltmann, *El Dios crucificado*, 283.

pandemia relegándolas a la más dura soledad e incertidumbre.

La omnipotencia divina resplandece en su mayor humildad. Dios no actúa arbitrariamente para acabar con la pasión del Hijo. Él respeta su inviolable libertad: “nadie me arrebató la vida, yo la entrego libremente” (Jn 10,18). De la misma forma no interviene mágicamente para eliminar la epidemia. No puede manipular o alterar la autonomía de lo creado y mucho menos forzar la libertad del ser humano. Al contrario, con paternal compasión padece con él y acompaña todas sus dolencias. Le afecta dolorosamente el sufrimiento de sus criaturas y actúa desde abajo para sostenerlas en sus luchas y trabajos.

El silencio del Padre cala hondo. Es insondable e imposible de imaginar. Ante la mudez y obscuridad, Jesús experimenta una soledad tal que nadie más la volverá a sentir. Él asume en sí todas las soledades, todas las obscuridades que padecen las criaturas. Luego del evento de la cruz nadie más padece sola o solo. Afirmar esto no implica negar el dolor real de las criaturas, ya que, “en la comunión con el sufrimiento de Jesucristo, el sufrimiento triunfa del sufrimiento y se otorga la

comunión con Dios precisamente en el dolor”<sup>5</sup>. Jesús está allí padeciendo con ella o con él.

Al suplicio de la cruz se añade la vivencia dura de “la hora y el poder de las tinieblas” (Lc 22, 53) que soporta el Hijo, por amor. Todo el peso de nuestra rebeldía contra Dios se abate sobre él. Soportó toda clase de humillaciones y en su sí absoluto al proyecto del Padre acogió la negación de la humanidad a la relación filial y fraterna. Anonadándose puede abajarse hasta las profundidades en las cuales hemos caído a causa de nuestra rebeldía.

Vence al mal adentrándose en la perversión interna provocada por el pecado. Bebe el cáliz hasta el final y no se vuelve atrás. Para vencer al sufrimiento del mundo necesita saborearlo por completo<sup>6</sup>. Más aún, se hace pecado, es decir, por amor al Padre y a las criaturas, acoge *ser sin Dios*, estar *separado de Dios*<sup>7</sup>: “Aquel que no experimentó pecado Dios lo hace pecado por nosotras/os, a fin de que su justicia se manifieste en nosotras/os” (2 Co 5, 21).

<sup>5</sup> Bonhoeffer, *El precio de la gracia*, 58.

<sup>6</sup> Ídem.

<sup>7</sup> Ver a Moltmann, *Trinidad y Reino de Dios*, 91-98.

La cruz de Jesús es una paradoja en la cual se enfrentan los poderes de este mundo y el exceso del amor trinitario. Un amor que traza el signo indeleble entre el cielo y la tierra en un vínculo inseparable. El mismo vínculo que asegura la unidad trinitaria, aún en la más dura experiencia de abandono del Hijo. El Espíritu, máxima expresión del amor intratrinitario, sostiene a Jesús en su obediencia filial y donación total: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto expiró” (Lc 23, 46). Suelta el Espíritu vivificante. Ya no le queda nada. Entregado todo se hunde en el más oscuro de los silencios. Desciende hasta las profundidades de los infiernos y asume el drama de la distancia divina.

¡Es la *hora* de la Gloria! La *hora* en la cual se transparenta la desmesura del amor divino que envuelve y sostiene a la creación y a las criaturas: “Dios es amor, y no lo es solo ‘por nosotras/os’, o porque nos ama, sino que es amor en ‘sí mismo’. Por ser amor ‘en sí’ puede serlo también ‘para nosotras/os’”<sup>8</sup>. De este exceso de amor manifestado en las entrañas de la contradicción surge la esperanza. Emerge la certeza de que

<sup>8</sup> Greshake, *Il Dio unitrino*, 209.

no estamos solos. Aún en medio de la fragilidad, el dolor y la dura impotencia resplandece el futuro de Dios para la humanidad: “la victoria del amor sobre la muerte, sí, bajo la misma cruz, allí donde gime el dolor del mundo, late la vida que vence el dolor y la muerte”<sup>9</sup>.

## 1.2 *El amor vence la muerte y libera a las criaturas*

El primer anuncio de la pascua es la exclamación de que el Crucificado es el Resucitado. Hoy, en “medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado”<sup>10</sup>. Por obra y poder de Dios Padre, en la fuerza del Espíritu, eleva al Hijo desde las profundidades de los abismos: “Después de las amarguras que haya padecido mi Siervo verá la luz y será colmado” (Is 53, 11).

Una vez vencido el pecado y su consecuencia, la muerte, se

<sup>9</sup> Pelletier, “*Meditazioni*”. *Venerdì Santo. Passione del Signore*, 6.

<sup>10</sup> Francisco, “*Momento extraordinario de oración en tiempos de Epidemia. Homilía*”.

eleva victorioso Jesús constituido Señor y Mesías. La fuerza del amor hace resurgir la vida: “Dios lo libró de las ataduras de la muerte y lo resucitó, pues no era posible que quedase bajo el poder de la muerte” (Hch 2, 24). El Padre confirma y lleva a su plenitud la misión del Hijo. A la luz de la pascua sus gestos, hechos y palabras adquieren significación y sentido. Se pronuncia la palabra definitiva sobre el dolor: el amor es más fuerte que el pecado, el sufrimiento y la muerte.

A través del corazón del Hijo podemos adentrarnos en el misterio del amor insondable del Padre. Aquel que se mantenía dolorosamente callado en la cruz por respetar la decisión libre de Jesús, ahora resplandece con toda su fuerza en la resurrección. Desde las entrañas de la historia proclama que el dolor y la muerte no tienen la última palabra. Una vez exaltado el Hijo se infunde el Espíritu Santo sobre toda la creación.

El Paráclito, el otro intercesor prometido por Jesús continúa la misión del Hijo y en pequeños gestos impulsa el dinamismo del Reino. En él se realiza plenamente la providente presencia de la

Trinidad en el mundo. Es más, él mismo “es el movimiento de condescendencia radical de Dios hacia el mundo y del mundo hacia Dios”<sup>11</sup>. Esta presencia providente en el Espíritu, la podemos palpar en concreto en tantas vidas entregadas al diligente cuidado de la multitud de dolientes.

Hoy, hospitales abarrotados anuncian la realización del amor en actos sublimes de todos cuantos acompañan el dolor y la soledad de enfermos que mueren sin la asistencia afectiva de sus familiares. Por ese mismo amor son capaces de enfrentar la dura realidad al comunicar la triste noticia a los familiares sin siquiera poderlos consolar.

Nunca hemos estado solos y menos en este tiempo pascual: “ustedes ahora son hijos y como son hijos, Dios ha mandado a nuestros corazones el Espíritu de su propio Hijo que clama al Padre: ¡*Abba!* O sea Padre!” (Gl 4, 6). Con gemidos incesantes su *dynamis* impulsa la vida en abundancia y opera eficazmente en las redes solidarias que se tienden para enfrentar las consecuencias del drama provocado por el Covid-19.

<sup>11</sup> Greshake, *Il Dio unitrino*, 413.

Desde dentro de la historia, el Espíritu potencia las iniciativas humanas y con humildad mueve sin obligar a nada. Al contrario, actúa y acompaña con discreta solicitud todas las decisiones humanas. Así, lo palpamos en gestos concretos de personas que entregan lo que poseen sin guardarse nada, a fin de paliar la carencia y el hambre de tanta gente en cuarentena. La alegría reflejada en sus rostros narra la desmesura del don sin importar el riesgo de la infección.

### Conclusión

No hay nada que temer. Dios Padre todo lo creó por amor, en Cristo, y solo por medio de Él, con la fuerza del Espíritu, actúa incesantemente para que sus criaturas vivan. Él es el primer afectado por el dolor de sus hijos. No permanece impasible. Responde a cabalidad para consolarlos mediante la fila interminable de voluntarias y voluntarios que generosamente se ofrecen para mitigar el dolor y luchar contra la pandemia.

La luz que se refleja en el Crucificado y Resucitado emite esperanza y consuelo, en medio del dolor, la incertidumbre y la

impotencia. Al contemplar este misterioso modo de amar podremos descubrir al Dios trino profundamente implicado en la realidad humana. Lo encontramos en el *abajo* de la realidad dando vida y luchando contra cualquier amenaza a sus criaturas. Mediante la innegable solidaridad divina podremos, al fin, proclamar que el mal de este mundo no tiene la última palabra. Cristo, nuestra pascua, nos ha liberado de la esclavitud del pecado y ha vencido a la muerte. Nada ni nadie podrá apartarnos de su amor.

### Bibliografía:

- Bonhoeffer, Dietrich. *El precio de la gracia. El seguimiento*. München:1937; Salamanca: 1968, 2004.
- Francisco. “Momento extraordinario de oración en tiempos de Epidemia. Homilía. Ciudad del Vaticano”, 2020, 3.
- González Buelta, Benjamín. *La humildad de Dios*. Santander: 2012.
- Greshake, Gisbert. *Il Dio unitrino. Teología trinitaria*. Brescia: 2000.
- Moltmann, J. *El Dios crucificado. La cruz de Cristo como*

- base crítica de toda teología cristiana. Salamanca: 1975.*
- \_\_\_\_\_ . *Trinidad y reino de Dios. La doctrina sobre Dios. Salamanca: 1983.*
  - O'donnell, John. *Il mistero della Trinitá. Roma: 1989.*
  - Pelletier, Anne - Marie. "Meditazioni". *Venerdi Santo. Passione del Signore. Vía crucis, Roma, 2017.*
  - Von Balthasar Hans Urs. *Teológica II. Verdad de Dios. Madrid: 1997.*